

CAPITULO XXXVII.

¡ Sinceridad ! ; tú, la primera entre las virtudes! puedan los mortales no abandonar jamás tus sentidos, aun cuando se abran las entrañas de la tierra, y una voz, que salga del fondo del infierno, les aconseje seguir los caminos tortuosos de la disimulación.

DOUGLAS.

SOLAMENTE despues de una caza larga y feliz, y del convite que se verificó á la vuelta de la reina al castillo, pudo al fin Leicester hallarse á solas con Varney. Instruyóle este en todas las particularidades de la huida de Amy, como se las había contado Foster, que lleno de miedo había acudido á dar él mismo la noticia verbalmente. Como Varney se había guardado bien de hablar en su relación de las maniobras practicadas contra la salud de la condesa, y que la habían forzado á escaparse, Leicester no pudo suponer en ella otro motivo mas que el de satisfacer la impaciencia de tomar posesión del rango y título de su esposa. Bajo este supuesto, se enfadó mucho de la ligereza con la que desobedecía

Amy sus órdenes terminantes, esponiendole á los enojos de Isabel.

— He dado, decia, á esta hija de un caballero oscuro del Devonshire el mas hermoso apellido de toda la Inglaterra; la he dado parte en mi fortuna y en mi lecho; no la pido sino un poco de paciencia ántes de proclamar su triunfo sobre mil rivales; y esta muger orgullosa prefiere arriesgar perderse conmigo, prefiere precipitarme al fondo de un abismo, ó forzarme á tomar medidas que me envilecen á mis ojos mismos, por no quedar aun durante algun tiempo en la oscuridad en que ha vivido desde que nació. Habiendo sido siempre tan amable, tan delicada, tan dulce, tan fiel, ¡ dejarse cegar así, en una circunstancia en la que solo debiera esperarse la mayor moderacion aun del hombre mas insensato!.... eso es burlarse de mí.

— Si la señora quisiera dejarse conducir, y representar el papel que las circunstancias exigen, podríamos aun salir de apuros, dijo Varney.

— Sin duda, Ricardo, respondió Leicester, no hay otro remedio: he oido á la reina llamarla tu muger, y nadie la ha sacado de ese error. Es preciso que pase por tal hasta que se halle léjos de Kenilworth.

— Y mucho despues aun, segun creo, dijo

Varney, pues pienso que no podrá en mucho tiempo tomar el título de condesa de Leicester. No sería seguro ni para ella ni para vm. tomarle mientras viva la reina. Pero vuestra señoría está en el caso de poder juzgar mejor que yo sobre el particular, sabiendo que es lo que ha pasado entre la reina y su señoría.

— Tienes razon, Varney, dijo Leicester, me he conducido esta madrugada como un loco, como un miserable; y cuando llegue á descubrir la reina este diablo de casamiento, no podrá menos de ver en mi conducta un desprecio premeditado, que una muger no perdona jamas. Hemos estado espuestos hoy á toda su desconfianza, pero me temo que no se diferirá por largo tiempo.

— ¿Es acaso implacable su enojo? dijo Varney.

— No por cierto, respondió el conde; pues, á pesar de la superioridad de su rango, ha tenido hoy mismo bastante condescendencia y bondad para ofrecerme la ocasion de reparar una falta que solo atribuía á un carácter demasiado impetuoso.

— ¡Ah! respondió Varney, dicen muy bien los Italianos: en las querellas de amor, el que mas ama es el que se halla siempre mas dispuesto á confesarse el mas culpable. Así, monseñor, si logramos ocultar este matri-

monio, la posicion de vm. para con Isabel será siempre la misma.

Leicester suspiró, calló un instante, y respondió despues:

— Varney, te creo sincero, y te diré cuanto pienso. No, mi posicion no es ya la misma; he hablado á Isabel, y he tocado un asunto que no se puede abandonar sin herir en lo vivo el amor propio de una muger, y sin embargo no me atrevo á volver á la carga. Jamas, no, jamas me podrá perdonar el haber sido yo la causa y el testigo de su debilidad.

— Sin embargo, monseñor, es necesario tomar un partido, dijo Varney, y es preciso que sea muy pronto.

— Nada mas tengo ya que hacer, respondió Leicester muy desalentado: me hallo en la situacion de un hombre temerario que, al trepar por una montaña llena de precipicios, no puede continuar cuando está ya cerca de la eminencia, ni bajar tampoco por donde ha subido. Veo delante de mí el pináculo, sin poder llegar á él, y bajo mis piés se abre un precipicio que va á tragarme en el momento en que mis brazos cansados y desvanecida mi cabeza no me permitan sostenerme en la situacion precaria en que me encuentro.

— No juzgue vm. tan desfavorablemente de

su posicion, dijo Varney, y examinemos el espediente que acaba vm. de adoptar. Si conseguimos que Isabel no descubra el secreto de este casamiento, lo demas corre por mi cuenta. Voy á encontrar á la condesa. Me aborrece, porque siempre he manifestado á vuestra señoría, como ella lo sospecha y cree, una viva oposicion á lo que llama sus derechos. Pero no se trata ahora de nada de eso, y será preciso que me escuche, prescindiendo de todo, pues le haré tan palpable la necesidad de someterse á las circunstancias, que creo podré conseguir muy pronto que consienta en adoptar las medidas que exija el interes de su marido.

— No, Varney, dijo Leicester, he reflexionado sobre lo que debe hacerse, yo mismo la hablaré. Al oír esto concibió Varney por su propia cuenta los mismos temores que habia concebido por su amo. — Vuestra señoría no le hablará, dijo resuelto.

— Está ya echado el fallo, replicó Leicester: dame un vestido para disfrazarme, pasaré delante de los centinelas fingiendome tu lacayo, ya que tienes licencia de ir á visitarla.

— Pero, monseñor.....

— No me gustan los *peros*, respondió Leicester, haré lo que tengo resuelto. Hunsdon debe hallarse recogido en la torre de San

Lowe, irémos por el pasadizo secreto sin encontrar á nadie; y aun dado caso que topeamos con Hunsdon, es mas bien mi amigo que mi enemigo, y como es tan limitado, le haré creer cuanto me dé la gana de decirle. Vamos, traeme al punto una librea.

Varney no podia menos de obedecer. Al momento se puso Leicester la capa, y se encasquetó muy bien la gorra. Siguió despues á Varney por todo el tránsito secreto que conducia á la habitacion de Hunsdon, en el que no corrian gran riesgo de encontrar muchos curiosos; y estando por otra parte bastante oscuro, era imposible distinguir en él los objetos. Llegaron á una puerta en que el señor de Hunsdon habia puesto, con todas las precauciones militares, una centinela. Era cabalmente un montañés, que sin dificultad dejó entrar á Varney, y se contentó con decirle en su language: — ¡Ojalá haga vm. callar á esa loca! me ha roto la cabeza con sus gemidos de tal suerte, que quisiera mas estar de guardia en medio de la nieve en el desierto de Caslandia.

Entraron al punto, cerrando la puerta.

— Ahora, dijo entre sí mismo Varney, que un demonio protector, si los hay, escuche mis plegarias en este apuro, pues mi barca está rodeada de escollos.

Estaba la condesa, desgredada y medio desnuda, sentada en una especie de canapé, y al parecer profundamente afligida. Al abrirse la puerta, el ruido le hizo volver la cabeza ácia aquel lado, y al ver á Varney, gritó: — ¡Miserable! ¿vienes á poner en ejecucion alguno de tus abominables proyectos?

Leicester hizo cesar estas reconvenções presentandose; se desembozó, y con una voz mas bien imperiosa que tierna, dijo: — Conmigo debe vm. hablar, señora, y no con Ricardo Varney.

Estas palabras obraron en las miradas y en el ademan de Amy una mudanza repentina. — ¡Dudley! gritó, ¡Dudley! ¿llegas al fin? y mas pronta que un relámpago se arrojó á su cuello, y sin que la detuviese la presencia de Varney, le cubrió de caricias, bañó su rostro de lágrimas, y dejó escapar de cuando en cuando algunas palabras sin orden, dulces y tiernas espresiones que inspira el amor á las almas apasionadas.

Leicester se creyó con derecho de quejarse de una muger que habia contravenido así á sus órdenes, y le habia espuesto al peligro en que se habia encontrado por la mañana. Pero ¡que resentimiento hubiera dejado de ceder á los testimonios de amor que le daba una criatura tan amable! El desórden de su traje y

la mezcla de temor y dolor que hubieran rebajado la hermosura de cualquiera otra, solo sirvieron para hacer á Amy mas interesante. Recibió Leicester sus caricias, y correspondió á ellas con una dulce melancolía. Notólo Amy despues de los primeros arrebatos de su alegría, y le preguntó inquieta si se hallaba indispuesto.

— No estoy enfermo, Amy, respondió.

— Entónces yo tambien dejaré de estar enferma. ¡Ah Dudley! ¡he sufrido tanto, tanto, desde la última vez que te ví! porque no llamo yo haberte visto el haber hecho papel en la escena horrible de esta mañana. He sufrido enfermedades, pesares, peligros.... pero te vuelvo á ver, y me encuentro feliz y tranquila solo con verte.

— ¡Ay Amy! dijo Leicester, me has perdido.

— ¡Yo, señor! dijo; y ya la alegría que habia brillado en sus ojos se habia disipado. ¿Como hubiera podido yo dañar al que amo mas que á mí misma?

— Nada quiero echaros en cara, pero os hallais aquí en contravencion de mis órdenes las mas formales, y vuestra presencia nos pone á los dos en peligro.

— ¿Será eso cierto? dijo muy triste; ó ¿por que me habia de quedar allí ya mas

largo tiempo? ¡Ah! ¡si supiéseis que temores me han obligado á escaparme de Cumnor! pero no quiero hablar aquí de mí misma. Miéntras pueda tomar cualquier otro partido, jamas volveré allí de buena gana. Sin embargo si lo exigiese así vuestra felicidad....

— Escogerémos, Amy, algun otro retiro, dijo Leicester, alguno de mis castillos del Norte; y allí, con el título de esposa de Varney.... esto solo será por espacio de algunos dias, segun espero.

— ¡Que, milord de Leicester! dijo la condesa desprendiéndose de sus abrazos, ¿dais á vuestra esposa el ignominioso consejo de llamarse muger de otro? ¿y de quien? ¡de Varney!

— Señora, hablo con formalidad. Varney es un servidor leal, fiel, á quien confio todos mis secretos; quisiera mas perder mi mano derecha que sus servicios en esta ocasion; ningun motivo teneis de despreciarle de esa manera.

— Pudiera nombrar algunos, milord, respondió la condesa, y basta una de mis miradas para confundirle. Pero me guardaré bien de acusar al que os es tan necesario como vuestra mano derecha: me alegraré de que sea siempre sincero y leal; pero, por mucho que lo sea, no os fieis en él demasiado. Os

digo con esto que solo le seguiré por fuerza, y que jamas le reconoceré por mi esposo.

— Pero este no es mas que un disfraz pasagero, señora, dijo Leicester, irritado de su oposicion, un disfraz necesario á vuestra seguridad, y á la mia comprometida por vuestros caprichos, y por el deseo obstinado de entrar en posesion del rango á que os he dado derecho, con la condicion de que nuestro matrimonio fuese secreto durante algun tiempo. Si os desagrade esta proposicion, acordaos de que nos habeis forzado á ello á los dos, y de que ya no hay otro remedio. Es necesario hacer ahora lo que ha hecho indispensable vuestra imprudente locura, y yo os lo ordeno.

— No puedo poner vuestras órdenes, dijo Amy, en balanza con lo que me dictan mi honor y mi conciencia. No, milord, no os obedeceré en esta ocasion: podeis perder vuestro honor por esa política tortuosa, pero yo no haré cosa alguna que pueda manchar el mio. ¿Como podríais, señor, reconocer jamas en mí una esposa casta y pura, digna de participar de vuestro rango, cuando, repudiando ese noble carácter, hubiese recorrido la Inglaterra con el título de esposa de un hombre tan abominable como vuestro Varney?

— Monseñor, dijo entonces Varney interponiéndose, la señora está por desgracia muy preocupada contra mí para admitir lo que la proponga. Sin embargo mis propuestas la serian quizá mas agradables que el partido que propone. Estimando como estima al señor Edmundo Tresilian, obtendria sin duda de él que la acompañase hasta Lidcote-Hall, en donde pudiera permanecer con seguridad hasta que permitiese el tiempo descubrir este misterio.

Leicester calló mirando á Amy, y la condesa leyó en sus ojos el resentimiento y la sospecha.

La condesa se contentó con decir: ¡Ojalá me encontrase hoy en casa de mi triste padre! Cuando le abandoné, no creía abandonar con él el honor y la tranquilidad.

Varney continuó en tono de proponer un aviso:

— Sin duda esta medida nos obligaria á descubrir á los estraños los secretos de milord, pero la condesa nos responderá seguramente de la discrecion de Tresilian y de las personas que componen la familia de su anciano padre.

— Calla, Varney, dijo Leicester. Si vuelves á hablarme de confiar mis secretos á Tresilian, te atravesaré con mi espada en el instante mismo.

— ¿Y por que no? dijo la condesa. A no ser que sean secretos que solo deban confiarse á gentes como Varney, y no á un hombre lleno de honor. Milord, milord, no hay que mirarme tan enfadado. Esa, esa es la verdad, y soy yo misma la que os la digo. He sido una vez traidora y pérfida con Tresilian por vuestra causa, y no le haré una segunda injusticia guardando silencio cuando está puesto en duda su honor. Puedo sufrir, añadió mirando ácia Varney, que se cubra alguno con la máscara de la hipocresía; pero no permitiré que la virtud sea calumniada en mi presencia.

Siguióse á estas palabras un corto silencio. Estaba Leicester irritado, pero indeciso y penetrado de la injusticia de su demanda. Varney, afectando un dolor hipócrita y una grande humildad, tenia los ojos inclinados ácia la tierra.

En este momento crítico la condesa Amy desplegó aquella energía de carácter que, si lo hubiese permitido la suerte, la hubiera hecho un digno ornamento del rango que le era debido; se adelantó ácia Leicester con un paso grave y mesurado, con dignidad, y dirigiendole una mirada en que un vivo afecto procuraba en balde templar la firmeza que dan la conciencia y la integridad, le dijo:

— Habeis manifestado vuestra intencion,

milord, para salir de este momento crítico, y por desgracia yo no puedo condescender con ella. Ese hombre ha propuesto otro medio en que no encuentro mas inconveniente que vuestro desagrado. ¿Consentirá vuestra señoría en escuchar lo que una muger jóven y tímida, pero la mas tierna de las esposas, cree lo mas conveniente en este caso?

Leicester guardó silencio, pero le dió á entender por señas que podia continuar hablando libremente.

— Todas las desdichas que nos rodean provienen de una sola causa, añadió: todas traen su origen de aquella duplicidad misteriosa con que os aconsejan cercarme. Libradme al fin, monseñor, de la tiranía de estas tramas vergonzosas: sed un verdadero gentilhombre inglés, un caballero, para quien la verdad es el principio del honor, y mas precioso el honor que el aire que respira. Coged por la mano á vuestra desdichada esposa, conducidla hasta los piés de Isabel, decid que en un momento de delirio, y seducido por las vanas apariencias de una hermosura que ha desaparecido ya, habeis unido vuestra mano con la de Amy Robsart. Asi me haréis justicia, milord, pondréis á cubierto vuestro honor, y si la ley entónces ó el poder y la voluntad de la reina os obli-

gan á separaros de mí, yo no me opondré en manera alguna, con tal que me sea lícito ir á ocultar sin deshonra mi corazón despedazado, aniquilado, en aquella oscura morada de la que me habeis sacado vos mismo.

Habia tanta dignidad, tal ternura en las palabras de la condesa, que conmovieron todo lo que habia de noble y de generoso en el alma de su esposo. Sus ojos se abrieron al parecer, y la duplicidad que le habia hecho tan culpable se le presentó á la imaginacion acompañada de la confusion y los remordimientos.

— No soy digno de tí, Amy, dijo, pues he podido titubear entre lo que me promete la ambicion y un corazón como el tuyo. ¿Que confusion será la mia, cual será mi humillacion, cuando tenga que descubrir yo mismo, en presencia de mis enemigos risueños y de mis amigos desconcertados, las maniobras de mi vergonzosa política! Y la reina! que cumpla sus amenazas, y que derribe al suelo mi cabeza.

— ¿Vuestra cabeza, señor! dijo la condesa. ¿Por que? ¿por haber usado de la libertad de que goza todo Inglés de elegir una esposa? ¿Que! ¿es acaso la falta de confianza en la justicia de la reina, es ese temor quimérico, el que, cual un vano espantajo,

os haria abandonar el sendero que se os presenta, sendero el mas honroso y al mismo tiempo el mas seguro?

— ¡Ay, Amy! tú no sabes.... dijo Dudley; pero deteniendose al punto, añadió: Sin embargo no encontrará ella en mí una víctima fácil de una venganza arbitraria. Tengo amigos, tengo parientes: no me dejaré, como Norfolk, arrastrar al patíbulo cual víctima conducida al altar: nada temais, Amy, siempre será Dudley digno de conservar su apellido. Voy á abrirme al momento á algunos amigos con quienes puedo contar, pues en el estado en que se hallan las cosas, estoy espuesto á quedar preso en mi mismo castillo.

— ¡Oh! milord, dijo la condesa, no turbeis con una revolucion un Estado pacífico: con ningun amigo debeis contar mas bien que con vuestro honor y con vuestra franqueza. Con aliados semejantes nada teneis que temer en medio del ejército de vuestros enemigos y envidiosos. Sin ellos todos los demas socorros os serán inútiles. Con mucha razon pintan á la verdad desnuda.

— Pero la prudencia, Amy, respondió Leicester, está revestida de una armadura á toda prueba. No combatas los medios que debo emplear para asegurar mi confesion (ya

que es preciso llamarla así) en lo posible: bastantes peligros me cercarán. Haz lo que exigimos. — Varney, salgamos de aquí. A dios, Amy, voy á proclamarte mi esposa esponiendome á los riesgos mas grandes; pronto recibirás noticias mías.

Abrazóla entónces con ternura, embozandose en su capa, y acompañó á Varney fuera de la habitacion. Al salir del cuarto se inclinó este profundamente, y miró despues á Amy con una espresion muy particular, como si hubiera querido conocer hasta que punto estaba su perdon comprendido en la reconciliacion que se habia verificado entre la condesa y su esposo. La condesa le miró, pero sin dar á entender que hacia de él el menor caso.

— Me ha obligado á llegar á un extremo semejante, decia entre dientes, y es preciso que perezca ella ó yo. Habia alguna cosa, no sé si era el miedo ó la compasion, que me impedia recurrir á este fatal medio; pero está echada la suerte ya, y no tiene remedio, es preciso que perezca ella ó yo.

Al decir esto notó con sorpresa que un muchacho, rechazado por el centinela, se habia acercado á Leicester y hablaba con él. Era Varney uno de aquellos políticos para quienes ninguna cosa es indiferente. Habiendo pre-

guntado al centinela, le respondió este que aquel muchacho le habia suplicado entregar un paquete á la dama loca, pero que no habia querido encargarse de una comision opuesta á las órdenes que le habian dado. Habiendo satisfecho Varney su curiosidad en esta parte, se acercó á su amo, y le oyó decir: Bien, hijo mio, este paquete será entregado con puntualidad.

— Lo agradeceré mucho, mi buen señor, dijo el muchacho, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Leicester y Varney volviéron á la habitacion del conde á toda prisa, siguiendo el mismo tránsito por donde habian venido.



CAPITULO XXXVIII.

Es, como he dicho á vm., un adulterio,
Y vm. conoce al seductor infame.

Cuento de invierno.

APÉNAS habia llegado el conde á su gabinete, cuando se puso á escribir, hablando ya con Varney, y ya consigo mismo: « Hay » muchos cuyo destino está enlazado con » el mio, y principalmente los que ocupan » los primeros empleos: hay muchos entre » ellos que, si se acuerdan de mis beneficios, y de los peligros á que quedarian » espuestos, no me dejarán perecer sin so- » correrme. Veamos: Knolle es seguro, y » por su influjo Guernsey y Jersey. Lorsey » es gobernador de la isla de Wight; mi cu- » ñado Lungtengdon y Pembrock mandan » en el pais de Gales. Con Bedford dispongo » de los puritanos y de sus intereses, tan » poderosos en todas las sediciones. Mi her- » mano de Warwick es tan poderoso como » yo: sir Owen Hopton me es adicto; es go- » bernador de la torre de Londres, y allí